

Educación el sentido de trascendencia

Jesús Renau

Cada vez se hace sentir más la necesidad de educar a los niños y jóvenes en el sentido de la trascendencia. Sobre todo en un ambiente en el que se constatan grandes dificultades de tipo individual, social e incluso otras que se derivan del recto entendimiento del término trascendencia. Para intentar este tipo de educación resulta imprescindible educar previamente determinadas condiciones tales como la de buscar, la de interpretar la realidad de forma positiva, la de cultivar la propia interioridad y la de valorar las diferentes tradiciones culturales.

El título de este artículo dice: educar el sentido de trascendencia. La primera palabra, educar, es un verbo que viene del latín *educere* que significa sacar hacia fuera, ayudar a que brote lo que ya está dentro de la persona como semilla, como realidad que puede y debe evolucionar. Se considera que quien hace esto, el educador, ayuda a otra persona, el educando, a que a partir de sí mismo, de su misterio, de su dinamismo, de sus capacidades, de lo que es, consiga ser más humano, más persona, y esto supone ser no sólo con los otros, sino para los otros. Por ello, la comunicación del saber, de la información y de los conocimientos halla en la persona un aliado interior, que se pone en movimiento gracias a la acción de educar¹.

¹ El P. Arrupe el 28 de junio de 1980 en la homilía que tuvo en el Colegio de San Juan de Brito de Lisboa trató de forma admirable el tema de «la esencia de la educación». PE-

La segunda palabra es sentido. Entre las muchas alternativas que existen en el debate educacional hay una que invade todas las dimensiones de la educación. La podríamos formular así: ¿Educamos para el sentido o educamos para el funcionamiento? ¿El objetivo último de la educación es un intento para que las personas sean gente de sentido, en la vida, en su vida personal, social, moral, etc., o para que funcionen bien dentro de nuestra sociedad y sus valores dominantes? ¿Se puede funcionar bien como persona y como ser social sin una educación para el sentido? Para poner una comparación. ¿Basta con un buen coche o es importante también saber hacia dónde se quiere ir?

Es evidente que la educación busca para el sujeto una buena integración social y una potenciación de todas sus cualidades, pero si quiere ir más lejos, si quiere ser integral, debe buscar también educarle en aquella libertad, inteligencia y capacidad para que la persona encuentre el sentido a su vida, a su trabajo, a sus relaciones sociales y a sus derechos y obligaciones. Arte este de la educación que ante todo es responsabilidad y misión de los padres con la colaboración esencial de la instrucción que realiza la escuela y que en sí misma es ya educativa.

La tercera palabra es trascendencia, es decir, lo que va más allá de lo experimentable con nuestros sentidos, de nuestra lógica racional y de las experiencias afectivas e imaginativas liga-

das a ambos elementos, sentidos y mente; en definitiva, lo que rebasa lo inmanente. Fundamentalmente Dios y todo lo que comporta su misterio. ¿Podemos educar hoy el sentido de trascendencia? ¿Es posible? ¿Es importante? ¿Cómo?

Algunas dificultades

De entrada surgen importantes dificultades para educar el sentido de trascendencia. Dificultades que podríamos catalogar en tres grandes grupos: unas de tipo social, otras que surgen en el desarrollo del sujeto infantil y por fin aquellas que provienen de una mala comprensión de la trascendencia misma.

Las sociales tienen que ver con el ambiente dominante predominantemente, economicista, hedonista, mercantilista y subjetivista. Nuestra cultura dominante está poderosamente cerrada al trascendente, parece que ni le busca ni le asombra². Ocupada de forma un tanto compulsiva en la ganancia, el prestigio, el poder, la acumulación de dinero, el pasarlo bien..., etc., el ambiente de muchas familias, de muchos medios de comunicación social y de la sociedad en su conjunto da la espalda a los valores que van más allá de lo experimentable. Importa ante todo lo más inmediato³ y económico.

² Aquel asombro que K. Barth ponía como condición indispensable para la teología, y que podríamos aplicar a toda investigación de los saberes humanos. K. BARTH, *Instantes*, Sal Terrae, 2005, p. 13.

³ La cultura de la inmediatez, que busca la rápida satisfacción, es como una apoteosis

DRO ARRUIPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, Mensajero-Sal Terrae, 1982, pp. 443-448.

Ciertamente, habría que matizar estas afirmaciones, pues hay algunas minorías que tienen otras visiones, hay gente que se aferra a la tradición, hay grupos alternativos, hay grupos religiosos, pero el ambiente dominante es como es.

Este ambiente repercute en la formación de los valores o contravalores en el niño que va absorbiendo de forma natural el sistema dominante, en el que apenas si hay lugar para el trascendente. A esta inmersión social, casi inevitable, en no pocos casos hay que sumarle la carencia afectiva adecuada, que hoy tantos menores tienen por motivos fundamentalmente familiares. A veces la ruptura de los padres, abierta o disimulada, a veces la falta de tiempo, a veces otras mil razones, se provoca en el niño una ausencia de la relación amorosa adecuada, siempre tan urgente para ellos. Otro agravante es el ritmo de vida y actividad al que no pocos niños están sometidos y que se debe a causas que nada tienen que ver con su desarrollo personal equilibrado.

A los dos factores anteriores hay que añadir otro elemento muy general que es una mala comprensión de la trascendencia. Para facilitar la comprensión de lo que se trata de decir se puede partir de una imagen: la trascendencia sería como un sombrero de quita y pon que puede adornar y mejorar o puede también empeorar la imagen

del instante presente. Consultar: CRISTÒFOL-A. TREPAT, *¿Educar sin instruir?*, Cuadernos de «Cristianisme i Justícia», n.º 146, Barcelona, 2006, p. 14.

de una persona, pero que *de facto* no repercute para nada en su centro vital, emocional, racional y activo. Es como un añadido decorativo, cultural y aun sentimental que de alguna forma aquieta el miedo instintivo.

En concreto, bajando al mundo escolar cristiano, esta mala comprensión de la trascendencia sería, por ejemplo, cuando un centro educativo se define a sí

si bien estas dificultades están presentes y nos muestran lo difícil que es educar para la trascendencia, muchos creemos que este tipo de educación es posible; más aún, es un tipo de educación que se da hoy en no pocas familias y escuelas aunque sea en grados diversos

mismo como centro católico cristiano porque tiene clases de religión, celebra algunas veces la eucaristía, prepara para la primera comunión o la confirmación y hace de cuando en cuando unas ofertas de retiro para los alumnos. Pero en sus contenidos de instrucción, en sus conocimientos, programas, evaluaciones y relaciones internas y externas está plenamente identificado con una enseñanza laicista. Cuando se da esto, ¿podemos decir que es una escuela cristiana?

Si bien estas dificultades están presentes y nos muestran lo difícil que es educar para la trascendencia, muchos creemos que este tipo de educación es posible. Más aún, es un tipo de educación que se da hoy en no pocas familias y escuelas aunque sea en grados diversos. Eso sí, necesitamos clarividencia, energía y humildad para discernir y enfocar estos procesos que están en marcha. En la actualidad discernir y acompañar este tipo de procesos es una auténtica misión movida por el Espíritu, una llamada, una vocación para las familias y las escuelas.

Cuatro adiciones para educar el sentido de trascendencia

La palabra adición la tomamos aquí en el sentido que San Ignacio le da en el libro de los ejercicios espirituales⁴. Una adición es aquello que favorece y dispone al sujeto para la oración: puede ser un pensamiento antes de acostarse, una postura determinada del cuerpo, la intensidad de la luz en la propia habitación, etc. Según esto, se pueden señalar algunas adiciones que pueden favorecer al sujeto, a la familia y a la escuela para mejorar una educación del trascendente.

La primera sería una visión positiva de la realidad. Es decir, a pesar de las dificultades y de las malas noticias que han de soportar los niños y adolescentes —como todas las personas de nuestra sociedad sea cual sea su edad—, mucho ayuda a educar la tras-

cendencia y el sentido transmitir una visión positiva, por no decir optimista, de la realidad. Eso sí, siempre dentro de un realismo sobre los límites existenciales y de la posibilidad del mal y el uso erróneo personal e institucional de la libertad. Esto no supone una propuesta al estilo de Rousseau, sino que acepta la dimensión negativa del ser humano y, por tanto, de la sociedad.

Esta visión positiva de la realidad parte de la observación del desarrollo y la evolución que se ha ido encadenando durante millones de años hacia la formación de un ser animal racional, con capacidad creativa, imaginativa, artística y social; parte también del progreso de la humanidad, si tomamos como medida de este progreso, por ejemplo, dos siglos; parte de la superación del absurdo⁵. La búsqueda de sentido intenta superar el vacío de una nada que se presenta como final necesario del sujeto, y aún de la misma humanidad. La visión positiva encauza el pensamiento y el corazón hacia unas metas más en consonancia con las profundas aspiraciones humanas.

Educar en sentido positivo se hace mediante el arte de dar ánimos, de esti-

⁵ Una de las consecuencias de la sociedad economicista y consumista es el narcisismo que invade a no pocos ciudadanos y que lleva paso a paso a la convicción del absurdo. Aquella frase de Woody Allen, «*Dios ha muerto, Freud ha muerto, y en cuanto a mí, no me siento bien*», es una acertada expresión de lo que actualmente acontece. Sobre esta cuestión ver en la revista *Manresa* n.º 315, abril-junio del 2008, artículo «Vulnerables y hospitalarios», de Ignacio Boné, la referencia que hace al narcisismo en las pp. 117-119.

⁴ Ver libro de los Ejercicios Espirituales n. 73.

mular potencialidades, de aumentar en lo posible la autoestima, de valorar, optimizar, alegrar. Es el arte, también, de fomentar una interpretación positiva de la vida, del amor, de las relaciones, y de tener el coraje educativo de saber convertir el mal en un reto de superación, cada vez que hay malas noticias y elementos frustrantes, que no es lo mismo que olvidarlas y dejarlas de lado.

Una segunda adición consistiría en la valoración de las tradiciones de las diversas culturas. Cada pueblo tiene sus tradiciones, su estilo, su música, danza..., etc. Mucho ayuda a educar en el sentido, fomentar la valoración y el conocimiento de las raíces, cargadas de tradición, de nuestros mayores, raíces que son un eslabón por donde pasan una gran cantidad de dimensiones positivas de la existencia. Se trata de no hacer tabla rasa del pasado, como si todo empezara ahora, quien adopta esta postura, se sitúa en el absurdo y en lo irreal. Los niños son capaces de ver y palpar edificios y costumbres y desde ahí son capaces también de interpretarlas y valorarlas con ayuda de un buen educador. Concretando, en nuestro país existen una serie de raíces cristianas muy profundas, cuyo conocimiento da sentido a la realidad actual.

Cuando en las escuelas hay alumnos de diversas religiones y culturas, el educador puede trabajar con el fin de conseguir un equilibrio entre dos extremos. Se trata, por una parte, de que cada uno pueda expresarse y manifestar la valoración de lo propio, por lejano que sea, ya que esto da base a la propia identidad; pero se trata, a la vez, de manifestar y valorar lo que es

propio del país de acogida, pues quienes proceden de otra cultura, como posibles futuros ciudadanos del país que les acoge, deben entrar en la valoración y en el sentido que tiene el mundo que los acoge. Este es un esfuerzo añadido hoy a la misión del educador, que si bien requiere un nuevo trabajo, también ofrece una ocasión de enriquecimiento personal.

La tercera adición tiene que ver con educar la dimensión de búsqueda, elemento transversal a toda la tarea educativa. Este elemento en muchas áreas formativas viene postulado por la misma metodología de las asignaturas: la pregunta del por qué, de la razón de algo, de qué se deduce y a dónde puede ir, son preguntas importantes, para que la información no sea sólo acumulable, como si la mente fuera un diccionario, sino para que sirva como elemento estructurador, formando una mente abierta, capaz de entender, razonar y en su medida de proyectar.

Eso sí, no se trata únicamente de potenciar la dimensión de búsqueda en aquellas áreas que más se avienen con sus mismos contenidos, merece la pena dar un salto adelante para ayudar a pensar sobre el sentido de la historia, de lo que vivimos actualmente, de los deseos, los proyectos y la vida misma. Para ello pueden darse una cantidad enorme de posibilidades que van desde la lectura crítica de los medios de comunicación, a la constatación de los diferentes puntos de vista existentes sobre los acontecimientos que ocurren a diario. Una metodología adecuada puede consistir en combinar un tiempo de reflexión ética so-

bre determinados temas, con una exposición de distintos puntos de vista que puedan posteriormente dar lugar a un diálogo colectivo, bien guiado por el profesor.

La cuarta adición sería educar la interioridad, asunto que es hoy más que nunca fundamental y absolutamente necesario. Esto pide a los educadores, en primer lugar, el cultivo de una inte-

*una escuela confesional no es
una escuela laicista que
además da religión y hace una
oferta posiblemente acertada
de una pastoral y catequesis
complementarias;
la institución escolar cristiana
intenta ser profundamente
humanista en sus saberes
y en el modo que tiene
de comunicarlos*

rioridad personal y una intimidad consigo mismo que, además de ser equilibrada, sea equilibradora, razonada y expresiva. De ahí que sea una tarea ineludible, para los que tienen la pretensión de ayudar a formar personas, la de conocer la propia aventura interior y la de dotarse de las herramientas personales y sociales necesarias para orientar la propia libertad y

los propios deseos. Un educador no puede hablar de oración si no ora, ni de amor, perdón y respeto si no ama, perdona y respeta.

Con todo, no basta con que el educador tenga un mundo interior más o menos vivo. La formación de la interioridad es un arte verdaderamente educativo, que merecería todo un tratado y una puesta en común compleja y de gran sinceridad. El que quiere educar, necesita aunar el silencio con la reflexión, la soledad, la expresión, las emociones, la capacidad de aguantar, el sentido crítico, el receptivo, el descanso, etc. Sin duda se juega el gran partido de la vida personal y de la capacidad educativa en lograr esta unión. Y, si siempre esto ha sido fundamental, mucho más lo es en nuestros días con las generaciones que están llegando a la escuela.

Reflexión sobre la dimensión trascendente

Hechas estas adiciones, que, como decía, son preparatorias, podemos ahora entrar de lleno en la reflexión esencial sobre el tema: educar el sentido de trascendencia. Para ello, se plantean tres reflexiones: una teológica, otra institucional y una tercera pedagógica.

La reflexión teológica comienza con una pregunta: ¿Dónde hay que buscar el trascendente? ¿En el más allá de la realidad de este nuestro universo? Así parece que muchos lo entienden. Nuestro universo, el cósmico, el mundanal, el social, el personal, el histórico y el micro universo es autónomo, tiene sus leyes, sus sistemas, su evo-

lución en la que entra también la capacidad y la libertad del ser humano, que es el máximo exponente de la misma evolución. Más allá de esta realidad hay el trascendente, Dios, o lo que sea, indescifrable, misterioso, inaccesible.

Esta visión sería en parte incorrecta, no por lo que dice, que también tiene una parte de verdad, sino por la que omite. Olvida la posibilidad que nos da la analogía para captar estas realidades en un sí y no que nos muestran la trascendencia inefable y la inmanencia experimentable⁶. Dios, el trascendente, es también inmanente. Está en la profundidad de lo real, en el ser mismo de todo, por la dimensión creativa que se debe a la expansión de su Amor. Y el testimonio más espectacular de esta inmanencia es Jesús, Dios y hombre, Espíritu y materia, trascendente e inmanente, eterno e histórico, muerto u resucitado, que muestra en su ser a un Dios con nosotros y no más allá de nosotros.

La reflexión teológica tiene consecuencias institucionales y pedagógicas. Desde el punto de vista institucional, una escuela confesional no es una escuela laicista que además da religión y hace una oferta posiblemente acertada de una pastoral y catequesis complementarias. Esto situaría a Dios más allá de la realidad de este mundo, excepto en la dimensión religiosa, uno de tantos aspectos de la cultura huma-

na. Pero, por otra parte, la institución confesional debe evitar el fundamentalismo que supone centrar su confesionalidad de tal forma que haga perder la autonomía y las leyes propias de nuestros saberes mundanos. Si esto ocurriera estaríamos ante una escuela fundamentalista, es decir, no sería escuela, sino un medio de adoctrinamiento partidista religioso.

La institución escolar cristiana intenta mostrar como institución que precisamente porque se funda en la dimensión trascendente, en la fe en el Dios de Jesús, intenta ser profundamente humanista y humanizadora en sus saberes y en el modo que tiene de comunicarlos y formar a las personas. Pues el mismo Dios ha dignificado a la humanidad en Jesús hasta límites insospechados para la mente humana racional. ¿Qué signos debe dar esta institución para que sea reconocida como cristiana en el sentido que exponemos? ¿Cómo potenciar nuestra identidad institucional para que realmente responda a esta visión de un Dios en la realidad misma de la vida? Estas son preguntas que hay que hacerse continuamente y que no pueden quedar petrificadas en escritos fundacionales o idearios. No hay que esconder la identidad ni de la familia ni de la escuela. Hay que tener un diálogo permanente con la cultura, para saber descubrir en ella la identidad trascendente que hay en su mismo germen. Pero sobre todo será en la pedagogía donde tanto la familia como la escuela hallaran la presencia de este Dios cercano.

La reflexión pedagógica tiene que ver con dos tareas: la de formación de per-

⁶ Sobre este tema tenemos una breve joya en el discurso póstumo de KARL RHANER, «Sobre la inefabilidad de Dios», «experiencias de un teólogo cristiano», Herder, Barcelona, 2005.

sonas y la de transmisión de herramientas y conocimientos de toda clase según los parámetros de nuestras sociedades. En la formación de personas se manifiesta ayudando a descubrir la profundidad del ser humano, ese lugar en el que radica la presencia de un Dios que nos ama. Se trata de formar la mente, el corazón, las capacidades, el conocimiento, mediante procesos adecuados, lentos, que pongan al educando en aquel horizonte personal y comunitario donde cuestione el sentido, la crítica, la lógica vital y la capacidad de elegir. Es decir, se trata de ayudar a formar personas capaces de buscar la verdad, capaces de amar, de servir, de trascenderse, de captar la realidad profunda, de sentirse hijos e hijas de Dios, que se van desarrollando a su imagen, según el estilo de Jesús.

De ahí que tanto la transmisión de herramientas personales como la de conocimientos deba hacerse en concordancia con los fines educacionales que acabamos de diseñar.

Se podrían plantear estos puntos clave: potenciar el gusto por la investigación, por las dimensiones artísticas, por el trabajo en equipo, por la crítica de los porqués, por el valor de lo corporal, de lo mental, de lo afectivo, de lo activo, de lo social, etc., todo ello mediante las áreas culturales, letras, ciencias, sociales, técnicas...

La reflexión religiosa supondría ayudar a descubrir que todas estas reali-

dades, sus experiencias, sus vacíos aun por descubrir, su belleza y sus procesos son parte del gesto creativo y salvador del Dios Amor. Eso, si recordando, otra vez la analogía, este sí pero no, este no pero sí, que es el camino hacia lo trascendente.

Una objeción final

Antes de concluir este escrito quiero responder ya a una objeción que estoy seguro está en la mente de los posibles lectores... «Bello panorama este que acabamos de leer, pero irreal en nuestro mundo». Tanto los padres como los educadores vivimos generalmente cansados, a tope, contra corriente en cosas elementales, estamos saturados de informaciones, encuestas y respuestas administrativas...

Cierto. No vamos a negar todas estas objeciones. Con todo hago una objeción a la objeción. ¿Vamos a dejar que este peso nos convierta en una gente rutinaria, que lo que intenta es sólo sobrevivir e ir tirando? Hay que recordar aquella parábola de Jesús sobre el sembrador. Tiraba la semilla y mucha se perdía por diversas razones muy elementales; pero otras caían en buena tierra. Y unas daban el 90, otras el 70, otras el 30%... Vale la pena, pues, que todos intenten su porcentaje, ese que la tierra buena de nuestro corazón permita fructificar para seguir viviendo con dignidad. ■